

Rey, llevado siempre de una idea egoísta, de que el Estado Llano debía resultar en los Estados Generales, su natural aliado, dobló el número de sus representantes. El pueblo tuvo por fin tantos diputados, ó más, como el clero y la nobleza reunidos. Urgía congregarlos. La indisciplina reinaba en todas partes. Los parlamentos de provincias se removían para vengar las ofensas inferidas al Parlamento de París y su impremeditada proscripción. A la agitación de los Parlamentos se unía la agitación de los estados provinciales. El invierno de 1789 se cebaba en la nación entera con fríos y heladas horribles. Al frío se unía el hambre. Partidas de bandoleros asaltaban los caminos. Bandas de insurrectos amenazaban los Castillos. En Bretaña una guerra civil ardía entre la nobleza y el pueblo: En París, en el barrio de San Antonio, los trabajadores quemaban la fábrica de un industrial que decían querer reducirlos á quince sueldos de salario por día. Con todas estas agitaciones se mezclaba la penuria del erario, los estragos del déficit, la amenaza de la bancarrota. Necker llevó toda su fortuna al Tesoro. Las gentes que tenían depósitos, cuya pérdida podía perderlas, al ver tanta abnegación en el ministro, los entregaron de grado. Sin embargo, las elecciones exaltaban los ánimos con delirios, y había en la conciencia una esperanza tan clara como obscura aparecía la cerrazón terrible de todos los horizontes.

Pero la convocación del pueblo y su presencia en el seno de la grande Asamblea Soberana se imponía con imposición incontrastable por el estado tristísimo de la Hacienda pública. La gente de la corte aseguraba importar tan sólo el déficit cincuenta y seis millones, pero al cabo estaba todo el mundo de que subía, ó bien al doble ó bien al triple de tamaña cantidad, ciento cuarenta millones. Por esto aparecía Necker indigno adulador, atribuyendo los Estados generales á la monarquía y su providencia; no á la necesidad universal y á la miseria pública. La deuda flotante sólo arbitrada con el fin de ir cubriendo agujeros y seguir adelante las trampas, aquella deuda, que importaba un lustro antes, seiscientos millones, extendíase como el cáncer, habiendo gastado de tributos y rentas con anticipación á su ingreso varias anualidades. Así es que calculada con optimismo sumo la importancia del déficit para el año, en que los Estados generales se reunían, era de unos doscientos millones. No había otro remedio, pues, sino contar con la nación para establecer las nuevas tributaciones. Y para contar con la nación, precisaba reunirla en Estados generales; y para reunirla en Estados generales, precisaba convocar los comicios y hacer las elecciones. ¡Cuán espantosa presión! Desde los notables reunidos por el Rey á los Estados generales reunidos por el pueblo, mediaba una diferencia como la que pudiese mediar entre un mundo, cual el antiguo mundo pagano, y otro mundo, cual el moderno mundo católico. Y había para que le temblaran las carnes á todos los elementos históricos de la sociedad. Así, en aquellos días, los príncipes más cercanos al trono se dirigieron al Rey dando voces de naufragos. Eran estos Artois, que pasaba por el más reaccionario entre los factores de la dinastía; Condé, que ostentaba una representación como la correspondiente á quien tenía

la herencia del primer general de Francia, cuya familia se había enlazado con la familia real; Borbón, de igual apellido que los Reyes; Penthièvre y Conti, de la sangre borbónica también; ramas, por sus ascendientes y por sus descendientes, del trono, y nombres, que relucían sobre la frente del Monarca con piedras preciosas de su corona. Pues bien, todos le anunciaban al Rey la inminencia de una revolución si el Rey cambiaba las antiguas leyes tradicionales y costumbres heredadas en la convocatoria de los Estados Generales. Príncipes de la sangre; primeros entre los vasallos; áulicos naturales del Monarca; interesados por sus derechos en defender los derechos de la real persona, debían aseverar y decir toda una verdad tan acerba como que veían correr al hervor de las almas aquella sociedad hacia los bajíos de una revolución inevitable. Malheridos los institutos que se reputaban en otro tiempo santos; elevadas la insubordinación y la indisciplina contra el Estado á una ley moral; hechas la elocuencia fecunda y el arte de escribir con propiedad, aunque no les nutriera el estudio, títulos suficientes á cambiar la constitución de los Imperios, anatematizados los privilegios feudales como costumbres bárbaras, que sólo merecían inmediato desarraigo por el hierro y el fuego; menospreciada la nobleza, cuyas selectas manos pusieron á Capeto en el Trono y arrancaron el cetro á los ingleses para devolvérselo á Carlos VII redimido; consideradas y creídas como justas ideas y teorías fanteseadas por cerebros desordenados; los príncipes juzgaban perdido todo en Francia, si las leyes tradicionales de convocar los Estamentos se alteraban y el pueblo recibía votos excesivos forjados como balas rebeldes para herir en el pecho al Rey, al noble, al clero, sobre cuyos privilegios había tenido el Estado veinte siglos de una incontrastable firmeza. El Rey no hizo caso de cuanto exponían aquellos hombres que mil veces comprometieron el Trono con sus ligerezas, y si bien se retrotraían los procedimientos de la elección á las fórmulas empleadas hacia siglo y medio, se doblaba la representación del Estado popular, no obstante haber dicho los príncipes que si con un Rey liberal podía de tal suerte alterar la representación popular, podrían con un Rey teocrático doblarse los votos del clero, y con un Rey feudal á su vez los votos del patriciado y de la nobleza.

Los príncipes de la sangre habían en su memoria colocado la cuestión allí donde realmente debía colocarse: de un lado el privilegio, de otro lado el derecho; todos iban á levantarse contra unos pocos. El procomún estaba frente á la excepción. El bien de los franceses todos no podía posponerse al bien de una clase particular y privilegiada. El castillo saltaba en fragmentos á la explosión de las ideas más que á la explosión de una concentrada pólvora. Y de tal suerte se habían compuesto las cosas, así como subvertido los espíritus, que cada privilegiado en vez de unirse á sus congéneres para defender la excepción que le importaba, combatía el privilegio ajeno sin ver cuántos riesgos corría el privilegio propio. Los elementos de reacción y de resistencia estaban rotos; los elementos de progreso reunidos como si constituyeran una sola personalidad. El Rey estaba más aislado

y solitario, fundado sólo en el asentimiento y obediencia prestables á su soberanía por los mismos que se declaraban soberanos. Como en el momento de un incendio y el momento de un verdadero naufragio el instinto de la propia conservación suele sobreponerse á todo, y el amenazado en su vida propia disputa con furor el asiderio de las tablas ó de las escalas que puedan salvarlo, nadie se acordaba del privilegio de su Rey en aquellos juicios apocalípticos de todos los privilegios. En medio de tantos egoísmos, no había más que un verdadero desinterés, el de aquellos que amaban el progreso por sí mismo y sostenían las ideas nuevas, aunque les reportasen daño á ellos, por el bien que reportaban á la humanidad y al pueblo. Los apóstoles de la libertad, los que llevaban una lengua de fuego en su frente, los que lucían en sus sienes la grande aurora del ideal como un verdadero nimbo ¡ah! esos eran realmente los dispuestos al combate, al sacrificio, al martirio. Y debe decirse que ni se ganaban los privilegiados, ni merecían el aplauso público; porque trasladados desde sus castillos y fortalezas al palacio se habían á una corrompido en los tristes ocios cortesanos. Las gentes creían que cada casa de noble antiguo era un burdel. Vicios de garito corrían como inmundos escarabajos por los grandes salones. A cada príncipe de la sangre se le contaba su correspondiente manceba. Veíaseles ir por los bailes de máscara beodos y con su prostituta del brazo, descompuestos por los excesos del placer y maculados con los vómitos de la borrachera. ¡Luego, ellos mismo aventaban el cieno que les caía encima y se revolcaban en las inmundicias! ¡Qué canciones entonaban los cuñados tan sucias! ¡Qué cuentos se referían unos á otros tan pornográficos! Las ligerezas de Versalles divulgadas y conocidísimas; el parque de los Ciervos tan comentado; aquellos bailes, en que rodaban sus brillantes á la duquesa de Borgoña; las favoritas del Rey Luis XV viviendo como si fueran viudas regias y cercadas de reales honores; las infamias dichas contra María Antonieta; el fausto en medio de los déficits; un patricio que se colgaba del cuello en un brillante gordo, su castillo empeñado á infames usureros; tantos y tantos vicios hacían que hubiesen caído en grave menosprecio la nobleza y sus títulos; teniéndose por únicos blasones (no aquellos que doraban en el férreo escudo y bajo la cimera feudal antigua servidumbre y sus humillaciones), la ciencia y la virtud. Bajo tales sentimientos, y con tales ideas se reunía el Estado que llamaban Llano en los Estados Nacionales.

Si hay algo cierto en la Historia es que la revolución bajó de los salones á los abismos sociales. Una gran parte del patriciado predicó la igualdad, creyendo que las teorías democráticas nunca se habían de cristalizar en leyes é instituciones. Pero así como nadie diría que la negra hulla es éther, luz, calor del cielo condensados en el abismo, nadie diría que un pensamiento, abstrato ahora, compone mañana substancia social, y se cuaja en lo más hondo y más oscuro de la viviente realidad. Tenían la mente muy encendida del nuevo ideal, y muy floja la voluntad los nobles. Se necesitó que bajara el gobierno á la calle y se desatase la revolución en los aires, para que subieran ellos á la tribuna y renunciases sus

privilegios, no sin haber antes combatido con tal temeridad toda transacción política y prudente hasta llegar, por su repugnancia invencible hacia la evolución; y las concesiones y los pactos al estallido de los volcanes revolucionarios, al desate de tantos diluvios del fuego como los que abrasaron y consumieron á todos. Algo de lo sucedido con la nobleza también sucedía con el clero. Como de los nobles salieron tantos revolucionarios; también salieron de los clérigos. Basta para enterarse de lo primero, evocar los nombres de Orleans y Mirabeau; así como basta para convencerse de lo segundo, evocar los nombres de Sieyès, Gregorio, Maury, Talleyrand. Y sucedía en el clero exactamente lo mismo que sucedía en el patriciado. Los jugadores y corrompidos nobles, que pululaban por los burdeles y garitos, habían perdido á la nobleza en el concepto popular; y los abates galantes habían perdido á la clerecía. Dos arzobispos asestaron el golpe de gracia, el cachete, á la realeza moribunda: Rohan, arzobispo de Estrasburgo, Lomenie, arzobispo de Tolosa. Consumió Lomenie la ruina material del Rey, con su incapacidad manifiesta en la gestión del tesoro; consumió Rohan la ruina moral con su embuchado infame collar. Pero, como llevaban los clérigos una ideal aureola, en el minuto de la convocatoria del Parlamento, no se veían por las reformas y por las revoluciones tan amenazados como los nobles. Quien mayor quebrantamiento sentía en tal hora crítica era el poder central, es decir, el Monarca. Poco á poco se había convertido la monarquía de derecho divino en una monarquía puramente administrativa. No la querían ya por el resplandor de sus glorias; queríanla por el culto de sus intereses. No encerraba en el santuario espléndido los corazones franceses; pero sí los valores públicos. Era un cáliz que se guardaba, no por consagrado y por la hostia, por áureo y por el valor material. Mas, con el motivo de la convocatoria del Parlamento y de lo que llamamos período electoral, todo el juego administrativo se había suspendido y todos los intereses perturbado, por lo cual había perdido el poder real aquel carácter único que aún lo mantenía de pie, su carácter administrativo. Y lo mismo le pasaba en política que le pasaba en administración. Como ante un poder misterioso y nuevo, ningún interés tenía seguridad alguna de sí en lo administrativo, tampoco lo tenía institución alguna, ni entidad mayor social, en lo político. Todo el mundo proponía planes económicos nuevos y todo el mundo innovaciones políticas. En medio de tal renovación, una idea subsistía, la idea de que todo lo era el pueblo. Quien huelga y vaga, se pierde y envicia. Quien trabaja crea; y quien crea, continúa la obra del Criador, y dehe aparecer como un dios en la sociedad. El derecho divino que caía de las sienes del Rey, pasaba patentemente á las sienes del pueblo. Por todas partes no se veían más que Asambleas y reuniones. La nación mostraba su movimiento andando, mostraba la efectividad indudable de su poder y de su fuerza. Como los masones ingleses habían pasado el canal para instalarse con todo aparato en Francia, los clubs americanos habían pasado el mar y difundíose por todas partes bajo planes de reformas temerarias y bajo el pródigo